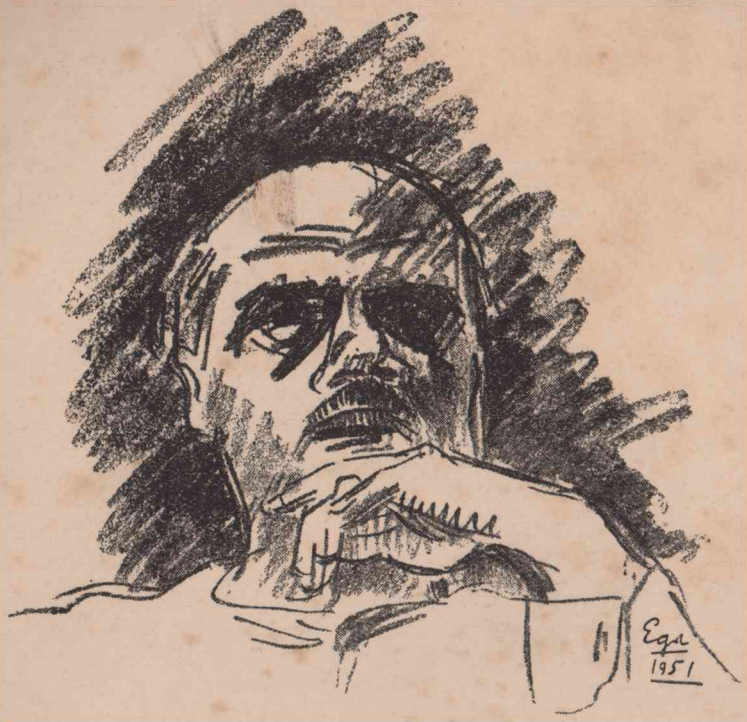
MUSEO HISTÓRICO REGIONAL
"Dr. José Apolinario Pérez"
CERRO LARGO
CERRO LARGO

EMILIO ORIBE



LA ESFERA DEL CANTO

MITO

MONTEVIDEO
1 9 5 2

2490

MUSEO HISTORICO REGIONAL DE CERRO LARGO
BIBLIOTECA

LA ESFERA DEL CANTO

MITO

Instituto Nacional del Libro
MONTEVIDEO
FOMENTO DE BIBLIOTECA

LA ESFERA DEL CANTO

(Mito)

ESCOLIO

I

El poema *La Esfera del Canto* aparece ahora en su forma definitiva. Recién *está creado*, después de las proximidades anteriores. Las preocupaciones que me guiaron, con el propósito de asignarle al canto una ilustre determinante geométrica, dentro de la visible procedencia pitagórica, se estructura al final en el ámbito proporcionado de catorce sonetos ortodoxos. El concepto esfera, con su atribución estética, significa desde las eléatas la perfección ideal de lo pensado, y en lo que concierne al canto no debe ser lo que así usualmente se entiende en el sistema de las artes, sino que más bien significa el Verbo, la poesía órfica, la belleza, audible y musical, en sus posibilidades esenciales. En el centro del canto apolíneo debe intuírse lo bello como un absoluto, merced al éxtasis contemplativo, inmóvil, identificador del alma con lo eterno.

II

El soneto I procura expresar este pensamiento, a modo de una introducción intencional del símbolo del poema. Lo escribí después de asistir a una serie de conciertos del Cuarteto Lenner. Semejante carácter fundamental presentan los sonetos IV, X y XIV, como si en total la esfera del canto se hubiera dividido en cuatro sectores proporcionales, con sus volúmenes colindantes, llenos de armonías y hechos. El tema de la belleza, expresado en su identidad con la esfera del canto ensambla la estructura de esos cuatro sonetos, los cuales se despliegan como simetrías dentro del conjunto.

Los demás sonetos se refieren a circunstancias y episodios vividos, situaciones y presencias de algunos seres magníficos, dédalos de la tiniebla y la rosa, malogros y evidencias de ideas platónicas. Constituyen los ídolos intermediarios de que se habla en la introducción del poema. Los ídolos que sólo se dejan encadenar por medio del canto metafísico. En cada uno de esos sonetos puede descubrirse un doble significado. Ya se trata de la persona concreta, la criatura que penetra en la intuición poética merced a las relaciones humanas, o

también puede ser la referencia a la figuración de la belleza absoluta, experimentable de algún modo. La atención, en el plano de la lectura, puede dirigirse en ambos sentidos extremos.

III

En lo que concierne al éxtasis del conocimiento estético absoluto, ¿es posible su registro en la experiencia vivida o en el canto? Recuerdo este episodio que puede articular una respuesta.

Una tarde, ascendiendo en un avión en el Este de Bolivia, desde Santa Cruz de la Sierra hasta la ciudad de La Paz, al llegar a unos cinco mil metros de altura en medio de los Andes, pude experimentar cierto género de grandiosidad de lo sublime matemático en la naturaleza, culminando en los siguientes detalles: rodeábame un azul purísimo por todos lados, el avión era una fuerza inmóvil en el espacio, yo estaba también inmóvil y formaba parte del avión. Mi corazón y el motor se fundían en un activo silencio, el pensamiento concebía sólo identidades en el goce de una luz invariable y cerúlea. Arriba y abajo percibía sólo azul infinito. Las cosas desaparecían a mi lado y en mí, aniquiladas en ese color único. La trepidación de la máquina gigante se reducía a lo mínimo en la serenidad helada de la altura. Aquello duró unos instantes pero pudo ser una eternidad.

Comprendí entonces el pensamiento de Parménides cuando concibió que el Ser era una esfera infinitamente diáfana e inmóvil. ¿Viví acaso ese pensamiento? La evocación del Ser así me llevó a sonreir, pues sin transiciones ya había pasado a pensar en *la esfera del canto*, que es como el Ser se me hacía comprensible y gozable. Toda Ontología verdadera tiene su principio en la Estética, confirmé con Novalis. Mas no pude experimentar más. Cerré los ojos. Después el milagro empezó a desvanecerse: aparecieron nubes, se oyeron voces, mi cuerpo osciló, y de pronto ví la nieve del terrible y sereno Illimani. Se hicieron presentes el movimiento, el miedo, la zozobra, los descensos bruscos, la idea de la vida y de la muerte.

Volví a las variaciones y contingencias del existir común e inauténtico.

IV

Nunca olvidé aquella experiencia. Entre tanto, con idealizaciones progresivas de las menesterosas riquezas de lo relativo, me distraje en el vivir con los demás mortales, pero he regresado más de una vez al ámbito de la esfera de los cantos, y así pude dar término a este poema, que considero muy valioso entre mi obra, conduciéndolo hacia su forma verdadera en el otoño de 1952.

E. ORIBE

Rosaleda del Prado.
Montevideo.

LA ESFERA DEL CANTO

NOTICIA

Esta alegoría intenta describir las aproximaciones del hombre a las distintas formas de manifestarse la Belleza inteligible. ¿En figuras cada vez más irreales o en reparos corpóreos o fingidos? No se sabrá nunca. Pero todos los pretextos del poeta tienden siempre a deificarse por la voluntad del impulso que alienta en la dinámica de las peripecias intermedias, las metáforas y los ritmos.

El gran acto de aproximarse a los grados posibles de lo bello puro, significa una creación de insaciables ídolos en uno mismo. La alegoría es más que un ídolo entre las invenciones; es una metafísica de la imagen poética. Tal vez por ese motivo la propongo.

1948 - 1952.

I

Está la esfera
en su existir
suspensa.
Un casto fuego colma su clausura.
La esfera del pensar
de la criatura,
mueve la nave
de la noche inmensa.

Tal es la esfera ardiente,
que condensa el enigma del tiempo,
y la ley pura del amor,
la alta esfera de hermosura
donse se abisma la razón
y piensa.

Pero en tu Ser ¿qué esfera
hay que me exalta,
tanto al morir como a la luz más alta?
En tí la esfera
del amor retorna.

En tí la esfera
del amor y el llanto.
En tu pupila
que el misterio adorna,
la esfera está donde lo eterno es canto!

II

La llama
ví ceder en la espesura
de unos ojos en llanto.
Y ví el hielo
volcar en las miradas el desvelo
sin fin,
de la más límpida amargura.

¿Su llanto fué sabiduría oscura?
Resplandeció en la lámpara
del cielo,
y cayó en sombra,
e hizo huir el vuelo
de las ideas, en la frente pura.

Lloró la joven
en presencia mía,
después del goce sacro.
¿Fué agonía?
Ví en su pupila transparentes rastros

caer. ¿Por qué sus ojos se nublaban?
Ah, esos ojos tan negros!
—Me enseñaban
que es la tiniebla
el llanto
de los astros!

III

Busqué a mi lado
tu mirar
de bruma
y hallé el morir que en las estatuas mora.
Busqué en tu rostro
el vado de la aurora,
y en él abrióse
el vuelo de la espuma.

Busqué en tu noche el astro
que te abruma,
Ví el esplendor del cambio
que decora tu ser,

el simulacro de la hora,
que en tu carne se aprieta
y la perfuma.

Busqué el ídolo allí, de la belleza.
Ví extinguirse en olvido
su semblante.
Ví en su imperio
evadirse la pureza.

Busqué en tus ojos
el cristal constante
que nunca engaña
y ví que tu firmeza
de arena fué ante el viento del instante!

IV

Te soñé,
al pié de un astro,
en los instantes
en que el ocaso
era un manuscrito
que iba a llenarse de oro.
En lo allí escrito,
¡mis manzanas de fuego,
amenazantes!

Más allá,
ví las fórmulas constantes
de tu cuerpo.
La atmósfera del rito volvió en tí.
Yo alcancé a oír el grito de las aves
que hirieron
los atlantes.

Medité. El don eterno,
¿puede darse tan nítido
otra vez?
Fué a expresarse
en tu gesto, en tus ojos, en tus voces.
¡Ah! Grises cumbres y aves
te raptaban.
Sólo una vez, en sueños, vuelven dioses
a ser lo que eran,
En tu rostro estaban.

V

Alegoría,
mito o nube,
aliento
libre,
sobre la luz,
uniendo en muros
ondulantes del canto,
los conjuros nevados
del dolor y el pensamiento.

Dame la luz
cantable de tu acento.
Repite sin cesar tus cantos puros.
Ave de las preguntas
y futuros,
dichosa de cantar
sólo un momento.

¿En qué astro feliz
volveré a oirte?
¿O a qué cumbre de nieve
sueñas irte
rogando hallar espejo en la luz fría?

¿Incendiarás tu antorcha
en la impureza?
¿Buscas morir? No. ¡Es la ley de tu belleza
encontrar
cuerpo eterno
en mi poesía!

VI

¿Por qué al mirarla yo
el morir presiento?
¿La ley de amor
no está en su esfera acaso?
¿Qué muerte,
sin cesar fluye
del vaso de la Belleza?
¿Qué esplendor violento

me cambia lo durable
en el momento?

¿Si ella inicia luz,
y es luz su ocaso,
por qué con su mirar
le abre el paso a las tinieblas
de mi pensamiento?

No obstante,
si ella mira, está la hoguera
Está la imagen
con su astral resumen.
Con ella alumbra
claves de la esfera.

Pero nunca en la noche
y su volumen,
veréis sus ojos
cuando ella os quiera.
Sí, en los cantos que en sombras
se consumen.

VII

Volví a la Alegoría.
Ví la esfera
del canto. La ví plena en las honduras
de otro ser.
La ví luego
en las alturas del tiempo,
y en la estatua,
entre la hoguera.

La ví de ella ascender;
su luz ligera,
modelando
lucientes estructuras
de lo posible.
En unidades puras,
volcarse en mí
la creación entera.

La soñé. No fuí hundido
en mi elemento.
La muerte
quiso unirme entre su acento
e imponerme la sombra
negativa

del Sér. Mas Ella
abrió en su pureza,
lo inmutable.
Me hallé con la Belleza.
En la esfera del canto muerte viva.

VIII

Fuí quien te buscó allá,
junto a la esfera
del canto.
Y te vió arder en la agonía
de la idea.
Platónica armonía
fué a ahogarse en tu forma verdadera.

Después,
te ví de pronto, en la pradera
de los orbes sin dioses.
La jauría
de sombra, al ocultarte
entre la umbría,
te arrebataba de la luz primera.

Quise abolirte el tiempo
y lo consciente.
Miré en el vuelo de la esfera ardiente,
última vez,
tu perfección creada.

Yo fuí mi propio mito.
Un ser inmerso
en la gran claridad
de lo diverso.
¿Morir? ¡No; alzar dioses de la Nada!

IX

Si puedo ver la llama
en el instante
que se inicia,
con trémula ola oscura,
cuando la gris materia
transfigura su sombra
y se hace esencia deslumbrante.

Si puedo ver la espuma
en la incesante ola,
surgir de pronto en su blancura,
O hasta el canto
fuí a oir,
cuando inaugura su fiesta
en lo carnal o en lo distante...

Si ví la mano
que entreabre el velo
y de la piedra
miro alzar el vuelo
de estatua enorme
a infinidad creadora,
¿por qué alzar nuevo enigma

en lo consciente? ¿Por qué, si un astro adoro,
o abismo,
o frente,
arde el ídolo en mí que me devora?

X

Yo, en la luz.
La Belleza, en lenta huída,
vela su asombro:
siempre el huir la encumbra.
¿Brilla su rostro, su verdad deslumbra?
¿No es ya el orgullo
de una luz fingida?

El Idolo está allí,
en la medida
de un vago azar difícil.
La penumbra
en su exterior un orden rinde:
alumbra,
como un trémulo vino,
en toda vida.

Lo puro de aquel rostro
es el convite
de lo eterno.
Su abismo me trasmite
lo que en la inmensidad la luz sepulta.
El Idolo está allí.

Mi frente puebla
con su esplendor.
¿Lo adoro?
La tiniebla,
como una falsa diosa,
me lo oculta!

XI

Amor crea en mi noche
estatua ardiente;
mueve tu eterna forma
que domina orbes e instantes.
Como ley divina
reina en mi sér tu nombre transparente.

Muestra tu rostro
palidez creciente,
iniciando un contorno que ilumina
orden de siglos.

Mi pensar culmina
tu sér,
como alta estrella de mi frente.

Orgullo de crearte,
como diosa.
Rescatada del tiempo
en que reposa
resguardo en mí tu forma
hasta temerte.

Está en mí tu esfinge
Y está el grito
natural de tu carne.
Y está el mito
sacro.
de tu besar libre de muerte!

XII

¿Podré expresar
al fin la oculta fluencia
de tu existir?

¿La noche grave y pura
de tu mirada,

que exhibir procura
el orbe exacto entre su transparencia?

¿Quién eres?
¿Eres real?
¿Eres de ausencia?
¿En la esfera del canto que perdura,
habrá de ser,
Oh, amante,
tu hermosura,
sólo un enigma de insondable esencia?

Tu andar,
tu gesto,
tu ademán, son raros.
¿Tus ojos?
Arden como absurdos faros.
No salvan,
extravían.
Tu cabeza.

Oh hermosa joven,
es mortal diamante.
Aunque ofreces lo eterno
en tu belleza,
tu amor
me arroja
en un morir
constante.

XIII

Siempre que avanzas,
tu mirar me anuncia
lo divino.
Tu carne es el sistema
de ritmos y de mundos; el esquema
de lo eterno
que en formas se pronuncia.

Copa de luz inmóvil
que renuncia
a su quietud
y en el pensar se quema,
tu frente

se hace espacio del poema
que todo astro al transcurrir denuncia.

Surge tu rostro
entre la bruma envuelto,
sobre el ondear
de tu alto busto esbelto.
Tu vientre es todo ritmo.
Tu pié oprime

la gran serpiente que te muerde.
¿Llora
tu carne? ¿Eres mujer? ¿Eres la aurora
de un canto eterno
que en tu carne gime?

XIV

¡Oh boca impura, en donde el alma espera
cantar la forma
de las claras cumbres!
Mi canto
es torre entre las fijas lumbres
que imponen ley a la creación entera.

Vino a mi torre
la luciente esfera
de un Dios pensante.
Entre las muchedumbres de los astros,
¿qué ofrecen sus vislumbres?
¿Seré en la luz del Dios luz verdadera?

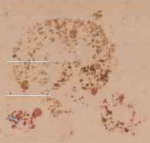
¿Por qué fuí el destinado
a estar perdido
en la esfera del canto?
¿Qué sentido
tiene en el orbe mi expresión impura?

Yo soy el Hombre.
Sólo rey en llantos.
¡Dios me ordenó desarrollar en cantos
la eternidad,
pero con lengua oscura!

EMILIO ORIBE

SE TIRARON DE ESTA
OBRA 300 EJEMPLARES
NUMERADOS Y FIR-
MADOS POR EL AUTOR

Nº 280



Impresora L.I.G.U. - Cerrito 740